

CUANDO le pregunto cómo se ha portado con él la censura, sonrío amargo. En realidad, José Martín Recuerda sonrío siempre, pero no con amargura. Su sonrisa es dulce, refleja una paz interior, una gran serenidad. No sé por qué me recuerda esa sonrisa que se adivina en algunos sacerdotes. Si no fuera porque sé que no lo es, diría que es un sacerdote en paz consigo mismo... o un seminarista, aunque al preguntarle por la censura haya cambiado el color de su sonrisa y haya reflejado amargura. Habla muy bajito; hay que atender bien para no perder nada de lo que dice:

—Ha limitado mis obras, consiguiendo que no tengan la fuerza que en principio tenían. Ante esta limitación, lo que podía haber pasado la frontera rápidamente, tarda en pasarla. Mis obras, en sus versiones originales, van siendo traducidas a otros idiomas y se van representando en otros países.

Hay un gesto no ya amargo, triste, cuando confiesa:

—La censura ha hecho que se retrase bastante mi camino de autor, que tenga que marcharme con frecuencia a Estados Unidos a buscar mi vida, y que en España apenas conozcan mis obras tal como las escribí.

Termina con el tema muy serio y tajante:

—Las desvirtuaciones causadas por otros a una obra de arte es algo imperdonable ante el funcionamiento cultural de un país y, por supuesto, grave para la marcha lógica de un autor que aspira a ser libre y a dedicarse a su arte sin querer someterse ni evadirse. El censor debiera mirar con la mayor escrupulosidad al contenido de una obra, porque limitar su pureza artística es no servir los intereses de una nación.

Le tranquiliza cuando le hablo de que es posible que la censura cambie un poco; que por lo menos eso se dice... Mi aclaración está justificada; Martín Recuerda hace dos años que está ausente de España. Acaba de venir de Estados Unidos para hacerse cargo de la cátedra autónoma de teatro Juan de la Encina, en la Universidad de Salamanca. En realidad está de paso en Madrid, por eso ha sido él el que ha venido a mi casa,

en lugar de ir yo, como es natural, a visitarle.

—¿Cómo te ha tratado la crítica?

No cambia su gesto serio para asegurarme:

—La crítica parece que fun-

jante que es en sus afirmaciones; porque oyéndole su tono manso y dulce, su acento granadino pausado, ponderado, no se imagina nadie cuánta firmeza hay en sus palabras, cuando termina el tema de la crítica añadiendo:

—Todo autor sabe cómo va

sabe. Pero lo peor de todo esto es que el público medio, que no está enterado de este funcionamiento, se desconcierta. Este desconcierto conduce a la desorientación estética y, por tanto, a la pérdida de todos los valores morales y artísticos que pueden elevar el nivel de conciencia de un país.

Su gesto se dulcifica. Sonríe, sí, como siempre, pero ahora no hay amargura, y en sus ojos ha brillado una lucita de esperanza; luego reconoce:

—Como para muchos: uno de los motivos para el que merece la pena vivir. El ser humano es para mí lo primero. Llegar a aquello que dijo Benavente: «Sólo el que ama sabe decir tú» es un estado casi místico y envidiable del hombre. Se llega entonces a una purificación.

¡Eso era! No su sonrisa de sacerdote en paz consigo mismo... ni de seminarista... ¡No! Era cierto misticismo el que yo descubría en Martín Recuerda. Y entonces doy por sentado que ha encontrado el amor.

—En mí mismo hacía otras personas, sí. En los demás hacía mí, no lo supe nunca. Y esto quizá sea lo más hermoso: el no saberlo nunca.

Cojo casi taquigráficamente sus palabras. No quiero poner ni una que no sea suya, porque se está abriendo ante mí un granadino... y eso es difícilísimo.

Casi me apura, después de sus contestaciones anteriores, preguntarle qué es el sexo para él:

—Es inferior al espíritu. Esto que digo es muy viejo: el sexo muere pronto; el espíritu, nunca.

—¿El matrimonio?

—Creo como Gracián que es lo que más perfecciona al hombre cuando el matrimonio, como tal unión sacramental, existe.

Hay cierta paradoja en este hombre. Podría decirse que él es una paradoja. En ciertos momentos «notas» al ser que ha vivido en Estados Unidos, y cuando menos lo piensas sale no ya el español, ¡no!: el hombre andaluz.

Pero cuando piensas que después de sus ideas del matrimonio será contrario al divorcio, vuelve a surgir la paradoja:

—Que debe existir cuando las causas de separación sean justas. Es una manera de no hacer desgraciados a dos seres humanos.

Me pregunto cómo sería su infancia; la infancia de este hombre con gestos místicos.

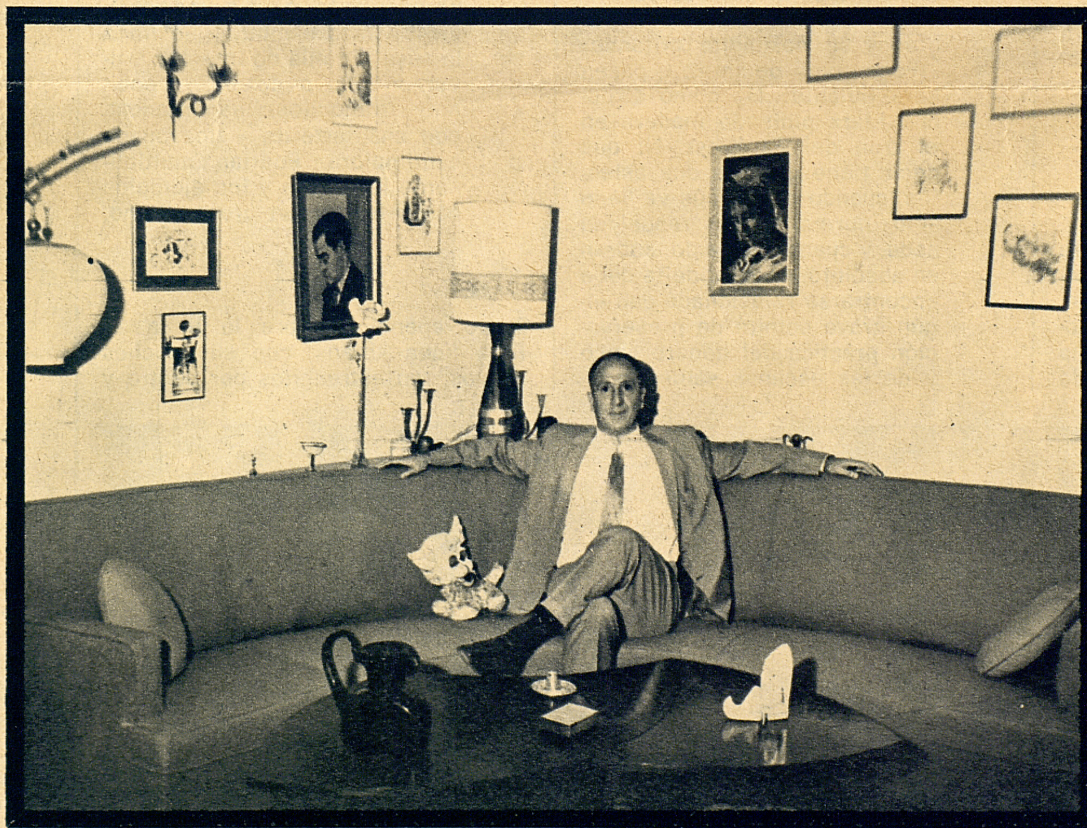
—Hubo de todo, pero casi

JOSE MARTIN RECUERDA

Sábado Gráfico - N.º 451; 23-X-41

PREMIO LOPE DE VEGA, VIENE DE CALIFORNIA PARA HACERSE CARGO DE LA CATEDRA AUTONOMA DE TEATRO JUAN DE LA ENCINA, DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

"LA CENSURA HA HECHO QUE ME MARCHE CON FRECUENCIA A ESTADOS UNIDOS A BUSCAR MI VIDA".



Martín Recuerda, parece uno de sus propios personajes.

ciona siempre en torno a las orientaciones de la censura. No creo, y esto está a la orden del día, que exista una crítica libre. Quién más y quién menos sirve a las ideas del periódico en que trabaja.

Estoy sorprendida de lo ta-

a reaccionar cualquier crítico. Esto conduce a un decrecimiento del autor con respecto al crítico. El autor sabe que el crítico casi nunca es sincero al enjuiciar la verdad dramática y artística de una obra. El crítico, por supuesto, también lo

¡Caray, cómo le ha sentado a José Martín Recuerda California!

Cambio de tema, y para darle una nota más animada le pregunto qué es para nuestro Premio Lope de Vega el amor a su parecer.

siempre fui un niño ensimismado y triste. Jugué poco y pensé mucho. Psicológicamente quizá fui un enfermo desde que nací. Siempre muy tímido y, tal vez, sin saberlo, soberbio: nunca quise hacer lo que los demás hacían.

Y yo añadiría: valiente. Porque creerse o reconocerse psicológicamente enfermo y decirlo es de valientes.

—¿El recuerdo más bonito de tu vida?

—Hay muchos: quizá las veces que me enamoré..., quizá al terminar alguna obra...

Con la misma sonrisa de siempre me contesta cuando le pregunto si está contento con lo que ha hecho hasta ahora, literariamente:

—Unas veces sí y otras no. Tengo la sensación de que desde que surgí al teatro fui un signo de lógica frustración vital. Real frustración por causa de unas circunstancias adversas ante todo brote de pureza artística. A los que queremos ser puros se nos frustra.

Como veo que sin hablar de ello piensa en lo mismo de antes, le pregunto qué le gustaría hacer si le dejase la censura. Imperturbable en su beatífico gesto, responde:

—El teatro que, para mí bien o para mí mal, estoy haciendo. Cambiar el camino o el dictamen profundo que brota de la conciencia de un hombre es un engañarse a sí mismo.

—¿Te sientes solo?

—Sí, pero quiero engañarme a mí mismo.

Hace una pausa para terminar:

—El despertar final de este engaño sospechosos que ha de ser cruel, si es que en la vida hay algo verdaderamente cruel...

A este gran escritor que habla como sus personajes no tengo más remedio que preguntarle después de la paradójica contestación anterior:

—¿Cómo aguantas la soledad?

—Huyendo de mí mismo. Engañándome, como te digo. Mi mayor enemigo soy yo, por eso huyo de mí. Quizá sea bastante cobarde.

Nunca quiero afrontar lo que sea la realidad. No quiero verla, a pesar del realismo de mis obras. Mi persona es contraria a mis obras, o no sé, tal vez sea yo mi propia obra.

Tal vez, porque Martín Recuerda, creo que sin él sospecharlo, en el fondo se tor-

me creo todo lo que me dicen. Y así quiero ser: deseo creer en todos, aunque me estén engañando. La ilusión que el engaño da hasta despertar es algo hermoso mientras se vive en el engaño.

Si no fuera porque le tengo ante mí y estoy hablando

de humano y envidia con frecuencia. La envidia me lleva al sufrimiento, pero, claro, lucho por imponerme a este mal. Quisiera ir perfeccionando mis muchos defectos.

No ha entendido mi pregunta, quizá yo me expresé mal. Quería saber si le envidiaban a él, pero ante su con-

te y existirá siempre, aunque también muera, como muere todo en la Tierra.

—¿Tienes, entonces, amigos?

Hay cierta melancolía en su gesto al contestar:

—En épocas, sí; en otras épocas, estos amigos dejan de serlo, pero surgen otros y otros. Unos naciendo y otros muriendo. A veces quedan algunos en pie durante toda la vida. El momento de nacer la amistad es un verdadero gozo; el momento de la muerte, una verdadera tristeza.

Según hablaba, la melancolía de su rostro ha ido desapareciendo en un gesto de infinito cansancio, lo que me hace pensar que se ha llevado muchas desilusiones con los amigos.

—No.

Me dice, para aclarar después:

—Con un amigo de verdad, nunca. Si la amistad terminó, lo comprendí como cosa lógica.

Cambio de tema y sonrío de nuevo cuando le pregunto qué opina de que los curas se casen.

—Que debe hacerlo aquel que sienta necesidad de ello. Así tal vez remedie su soledad, si es que existe soledad en un verdadero sacerdote...

Se queda pensativo un momento para terminar:

—Si yo fuera sacerdote, no me sentiría nunca solo.

Hablamos de Oriente Medio y me interesa su opinión, porque no deja de ser quizá un poquito desconcertante en un hombre que se confiesa cobarde:

—Soy muy descreído ante la prensa. No creo ni en la prensa española ni en la de otras naciones. No quiero engañarme con las noticias de prensa. Soy indiferente a ella. Me entero el último de las cosas. Para opinar sobre algo tengo que ser testigo viviendo el hecho...

Creo que es sincero, verdaderamente sincero, cuando ha contestado, aunque su respuesta haga el efecto de una evasiva. Había muchísima verdad en sus ojos. ▶▶

Que la botella es diferente salta a la vista.

DESCORCHE!...
y descubrirá lo demás

FLORIO
El espumoso sin fecha.

tura porque «ve la realidad».

—¿Qué piensas que opinan de ti?

Sonríe un poquito más, muy poco.

—Que soy un ingenuo. Que

con él, diría que piensa todo mucho para hacer frases. Pero no. Contesta rápido a cuanto le pregunto. Martín Recuerda habla como escribe, no hay duda.

—¿Tienes envidias?

—¿Cómo no? Tengo mucho

testación tan sincera y espontánea, he callado y le he dejado terminar.

—¿Qué es para Martín Recuerda la amistad?

—Una de las mayores virtudes del hombre y que exis-



«A los que queremos ser puros se nos frustra», me confiesa.

—¿Has hecho favores?

Sonríe por primera vez con cierta alegría:

—Tantos, que sigo siendo pobre a pesar de mis muchos esfuerzos en el trabajo. Pobre de dinero y...

Se calla un segundo para terminar:

—... quizá también de espíritu.

—¿Te han perdonado estos favores?

Se queda muy serio:

—Qué razón llevas en esa pregunta. Bien sabes que nadie perdona el favor que se le hace. Creo que el favorecer a los demás es motivo, a la larga, de enemistad, de resentimiento o rencor por parte del favorecido. Aunque, ¡claro!, siempre hay excepciones.

Pregunto sobre nuestra sociedad.

—¿Crees que evoluciona?

—Evoluciona como toda sociedad pobre, imitando sobre todo a Estados Unidos. Aunque el pueblo español verdad quizá sea muy difícil de manejar. La evolución es lentísima. Ojalá evolucionara con una conciencia clara de lo que deben ser sus derechos y su libertad sin cohibimientos ningunos.

Me mira y aclara:

—Una evolución hacia un sentido claro de lo que debiera ser España, recogiendo de ella lo más racial y

lanzando este recogimiento al mundo.

—¿Qué defectos ves, entonces, en nuestra sociedad?

—Pues ése. El primero, el de la imitación. Imitación en las costumbres, modas, balles, intenciones. Casi toda España, en sus costumbres actuales, es como una película, buena o mala, norteamericana. El otro día, paseando por Salamanca, me daba la impresión de que me paseaba por una calle de San Francisco. Pero lo peor es que, junto a este sentido imitativo, se ve un triste aire español y provinciano de gente un poco desconcertada y hasta, en el fondo, trágica. Es todo casi como un esperpento valleinclanesco.

Le pregunto cómo ve a la juventud:

—Dentro del mismo sentido anterior. Y esto es grave. En España, la mayor parte de la juventud española, no toda, se inclina por la aspiración hacia una libertad cómoda y caótica. Quizá esto forme parte de un terrible desconcierto colectivo.

—¿Qué es para ti la felicidad?

Sonríe satisfecho:

—Muchísimas cosas. Entre ellas, dar todo lo poco que tengo a los seres que quiero. Terminar una obra y contemplar lo creado... ¡Tantas cosas tenemos en la vida para ser felices!...

—¿Qué personaje de la Historia te hubiera gustado ser?

Contesta rápido.

—Cualquier conquistador que descubre lo desconocido. Cualquier santo que buscara a Dios con verdad. Cualquier persona de las que amaron algo y dieron su vida por este amor... No sé...

Para acabar con este ser tan profundo como Martín Recuerda, para dar por terminada la entrevista con uno de nuestros autores más importantes del teatro actual, sólo quiero hacerle ya unas últimas preguntas:

—¿Qué libro has leído últimamente que más te haya impresionado?

—«El coronel no tiene quien le escriba», de García Márquez, y «Conversación en la catedral», de Vargas Llosa.

—¿Estás agradecido a alguien?

—Mi agradecimiento es siempre profundo a cualquier persona que me dé el más leve calor humano. Mi espíritu está lleno de agradecimientos.

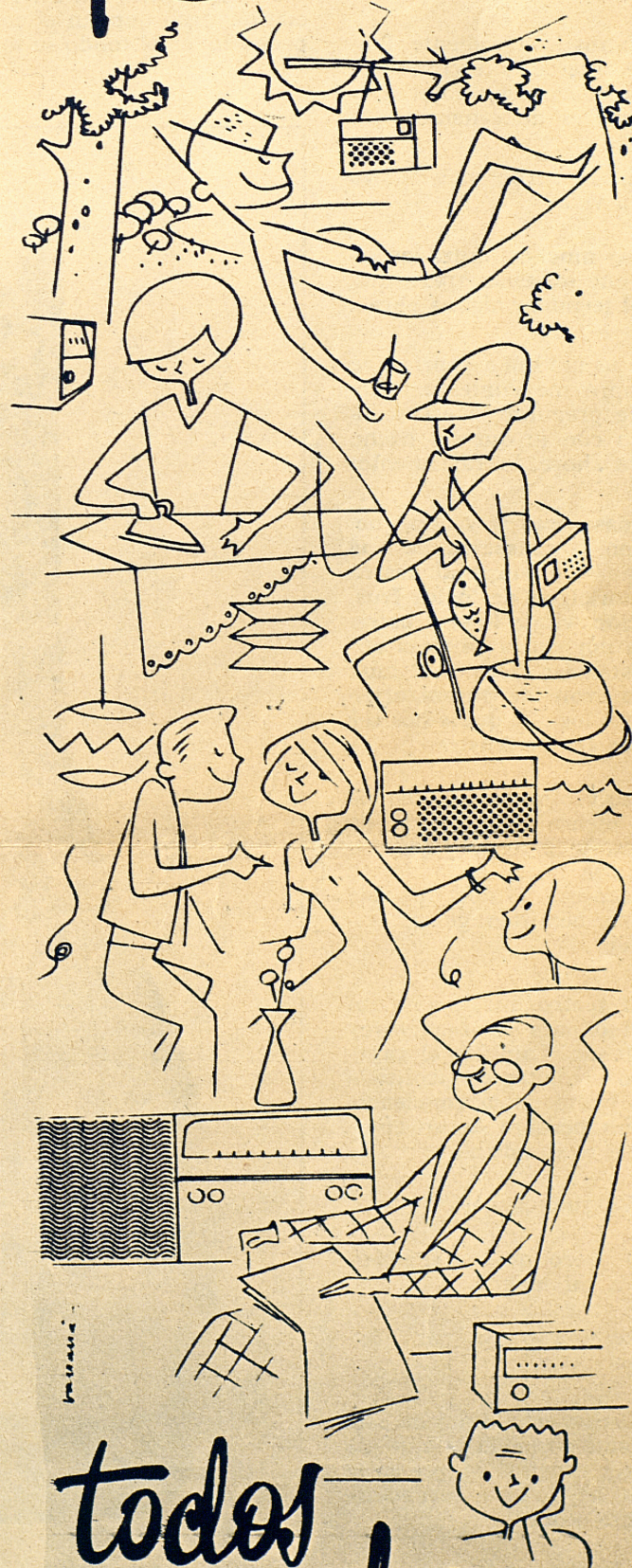
—¿Te costó mucho llegar a estrenar?

—Muchísimo. Son innumerables mis pasos andados. Mi salud y mi vida han ido mermando en cada estreno.

—¿Crees en Dios, José Martín Recuerda?

—Sin Él no concibo la existencia humana. Es la única meta fiel a la que, se quiera o no se quiera, el hombre acaba aspirando. ■ EVA JARDIÉL PONCELA.

en Cataluña y Baleares



todas escuchan...

**RADIO
MIRAMAR**

PLAZA CATALUÑA, 9 — BARCELONA
O.M. 315 metros F.M. 94,8 mc.